



Seix Barral

Anne Enright

La actriz





Seix Barral Biblioteca Formentor

Anne Enright

La actriz

Traducción del inglés por
Rubén Martín Giráldez

Titulo original: *Actress*

© Anne Enright, 2020

© por la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Letra de *The Sea Around Us*, de Dominic Behan, © Emerald Music (Irlanda) Ltd.

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-322-3870-3

Depósito legal: B. 5.898-2021

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La gente me pregunta: «¿Cómo era?», y yo intento deducir si se refiere a cómo era en calidad de persona normal: cómo era en zapatillas, comiéndose una tostada con mermelada, o a cómo era en calidad de madre, o a cómo era en calidad de actriz (la palabra «estrella» no la usamos). Aunque por lo general se refieren a cómo era antes de volverse loca, como si sus propias madres fuesen a estropearse de la noche a la mañana igual que una botella de leche fuera de la nevera. O como si de entrada ya no estuviesen muy finas.

Mientras hablan conmigo sucede algo. Ahora ya estoy acostumbrada. Les va asaltando poco a poco; un asombro creciente, como quien reconoce a un viejo amor tras muchos años.

—Tienes sus ojos —dicen.

La gente la quería. Los desconocidos, me refiero. Yo los veía mirándola y haciendo gestos de aprobación, aunque no escuchaban ni una sola palabra de lo que decía.

Y sí, tengo sus ojos. Por lo menos, tengo el mismo color de ojos que mi madre: un castaño que, en su caso, a la gente le gustaba llamar verde. De hecho, cuando los periodistas miraban a mi madre a los ojos, se escribían párrafos enteros sobre pantanos y campos. Y tenemos la misma manera de pestañear, lenta y afectuosa, como si pensáse-

mos en algo muy bello. Esto lo sé porque ella me enseñó a hacerlo. «Piensa en la flor del cerezo flotando en el viento», me decía. Y a veces lo hago.

Tales son los dones que recibí de Katherine O'Dell, estrella del escenario y de la pantalla.

—¿Cómo estás, oh, madre?

—Mejor que nunca —solía decir, y las flores flotaban a su alrededor cuando me miraba.

Hubo un hombre en la cocina de Dartmouth Square (donde parecen haber sucedido todas las cosas importantes de mi vida) que conocía a alguien que se había acostado con Marilyn y «No se volvió a lavar jamás», dijo. Una noche, de niña, bajé las escaleras y me topé con ese titular, y el hombre era un anciano tan entrañable que se me ha quedado grabado. Así que cuando la gente pregunta: «¿Cómo era?», tengo la necesidad de responder: «Bastante limpia, la verdad», y luego añadir: «Según los criterios de la época, me refiero».

Así que bueno. Aquí tenemos a Katherine O'Dell haciéndose el desayuno, solicitando su desayuno a la nevera y a los armarios, algunos de los cuales la complacen aunque otros la decepcionan. ¿Dónde está, dónde está, dónde está? ¡Sí! La mermelada. El sol entra por la ventana, el humo de su cigarrillo se eleva y se enrosca en un elegante hilo doble. ¿Qué puedo decir? Cuando comía tostadas con mermelada era como cualquiera que coma tostadas con mermelada, aunque la línea que hay entre el labio y la piel, comoquiera que se llame, es muy precisa, incluso cuando no la estás viendo en una pantalla de cine de tres metros y medio de ancho.

Así que ahí está, comiéndose una tostada. Va rápido. Sostiene la rebanada junto a la boca, muerde y mastica, acto seguido vuelve a morder. Traga. Lo repite unas tres o

cuatro veces, deja de nuevo las cosas en el plato. La levanta de nuevo para dar otro mordisco: la deja. Después de eso hay un tira y afloja amoroso en el que pierde la tostada; un breve gesto desdeñoso con una mano, un meneíto de rechazo o deseo. No, no se la va a acabar.

Coge el auricular del teléfono y marca. Todo era «¡maravilloso!» cuando se ponía en aquel teléfono; un cacharro beis en la pared de la cocina con un largo cable desgastado y retorcido bajo el que tenías que agacharte mientras ella se paseaba y fumaba diciendo «¡Maravilloso!» y haciéndome algún guiño, señalándome su café o un vaso de vino que le quedaba lejos con un dedo y un contoneo de la mano.

«Maravillosísimo», puede que dijera.

O me habla, a mí, una niña de ocho o nueve años sentada a la mesa con un vestido rosa de algodón traído de Estados Unidos. Incluye al perro que espera bajo la mesa, como un perro de película, sobras y migas. Habla principalmente hacia el techo, en el punto donde se une con la pared. Sus ojos vagan por esa línea como si buscasen ahí ideas o justicia. Sí, eso es lo que quiere. Repliega la cara gacha rápidamente para encenderse otro cigarrillo. Suelta el humo.

La tostada, ahora ya por completo ignorada. Está muerta para ella, la tostada. Echa la silla hacia atrás, aplasta el cigarrillo en el mismo plato. Después de lo cual se levanta y se marcha. Eso ya lo tirará alguien. Porque creo haber comentado que mi madre era una estrella. Katherine O'Dell, mi madre, era una estrella, no solo en la pantalla o en lo alto del escenario, sino también en la mesa del desayuno.

Una hora o así más tarde vuelve a la cocina diciendo Maldita sea Maldita sea. Hace entrechocar los platos por la mesa. Igual lanza la tostada por la ventana abierta

o rompe un plato contra el canto del fregadero. Porque no encuentra a Kitty. Kitty está comprando para la cena, es su día libre, está cuidando a su hermana con cáncer. Kitty nunca está cuando se la necesita, aunque siempre está allí. Y cuando llega, o cargada o triste, el plato ha sido un accidente y Kitty es un tesoro que hay que cuidar y mimar. Nuestra criada, Kitty, contaba con una ayudanta el día de limpieza, un moderno limpiamoquetas y uno de los primeros lavavajillas del país. Llegó justo para mi vigesimoprimer cumpleaños, hay una foto incluso: mi madre abriendo la puerta loca de emoción mientras Kitty, al fondo, se afana en sus cosas y en el enorme fregadero Belfast.

Mi madre me puso un vestido para la ocasión. Hemos dejado atrás los vestidos rosas de algodón americanos, pasando por los pichis de tres botones y los vestidos cortos de cintura baja para mis piernecillas escuálidas. Tengo veintiún años. Tengo los brazos suaves y con motitas blancas: soy demasiado alta. Para mi cumpleaños, llevo una cosa entre verde cenagoso y rosa paliducho con pompones de tul y una falda larga de tul también. Mi madre —ahí está, sosteniendo en alto la tarta de cumpleaños— va de negro. Delante tiene a una multitud, además de mí. Las caras de la segunda fotografía tienen un aire tremendamente decidido, las mejillas emborronadas, la mirada fija, y me pregunto qué sienten.

Deslumbramiento.

Te puedes pasar un buen rato mirando a esa gente.

Sus ojos la miran tras una máscara de regodeo, y no es una mirada de atracción sino de catástrofe. Hay un estiramiento doloroso en algunas de las sonrisas que es envidia a punto de nacer. Sobre todo, entre las mujeres. Es innegable: mi madre obligaba a la gente, muy en particular a las mujeres, a ser dura consigo misma.

En medio de todo esto está mi propia cara con veintidós años, temerosa del primer plano y dulcificada, al mismo tiempo, por la atención de mi madre. Las llamas arden pequeñas y rectas encima de la tarta. Me abarca la mirada de mi madre mientras nos rodean los acérrimos y los salvajes. O igual lo único que les da ese aspecto es la bebida. A todo nuestro alrededor, las caras de la multitud.

Fue una fiesta horrible. Por lo menos, para mí. Me había graduado aquel verano y la mayor parte de mis amigos de la facultad ya estaban desperdigados. Un par de chicas del colegio se presentaron demasiado pronto con vestidos prestados, titubeantes, pensé, ante la profusión de trastos de la casa, pero más probablemente por su tamaño. Se sentaron en el salón de la planta de arriba, un sitio amueblado sin orden ni concierto a base de cachivaches de los escenarios de Dublín, de modo que siempre te veías representando un personaje sin tener claro cuál. Un sofá de respaldo abotonado en terciopelo azul marino, una silla de madera con grabados digna de un Borgia, un taburetito escandinavo pintado. Nos encaramábamos en aquellos pedazos de historias desechadas y compartíamos nuestras pequeñas anécdotas calamitosas: novios traidores, puñaladas traperas de otras amigas, madres que eran pesadillas absolutas. Por lo menos, mis amigas hablaban de sus madres: yo siempre había sido convenientemente apocada a este respecto. Mis esfuerzos, aquella noche, un poco echados a perder por el ruido que armaba ella en la cocina, conocidísima como era, a medida que el whisky disminuía y el volumen general subía.

Era difícil dar con un tono.

Un puñado de colegas del mundillo teatral desfilaron después de las diez y se sentaron por allí. Alguien apagó las luces y encendió la música, y Melanie, del colegio, aca-

bó besuqueándose con el presidente de la Sociedad Dramática junto a la puerta del lavabo. Porque a finales del verano de 1973 también pasaban cosas así. Te entraban fácil. Ibas a la peluquería y acababas hecha un fardo manoseado contra una pared.

Ya hacia la medianoche llegaron los rezagados de la obra del Gate Theatre, que se arremolinaron donde el piano, y la fiesta se apoltronó entre canciones y copas como tantas otras noches de sábado en Dartmouth Square. El grupo de mi madre deambulaba en el salón de arriba mientras mis amigos los ignoraban por viejos. O igual todos los hombres eran viejos por aquella época, con aquellas chaquetas de sport holgadas y sus paquetes de cigarrillos no se distinguía a los de veinticinco años de los de cuarenta y cinco; todos llevaban corbata.

A lo largo de los años, mi madre había ido acumulando en aquella vieja cocina gigantesca una panda cambiante de hombres grandes y bebedores, todos ellos buena compañía, algunos bien conocidos. Acudían a ella buscando refugio, conversación e indolencia, y un tipo de aprobación que ningún hombre en sus cabales, por aquella época, podía esperar en su propia casa. Aquellos fueron los hombres que hechizaron mi infancia. Me metían billetes en la mano, me recitaban a Yeats antes de irme a la cama, me sentaban en sus rodillas para gastarme bromas o compartir complicidades variadas. *¿Ves a ese de ahí? Pues cantó para el papa.* A algunos los quería, y otros —una pequeña venganza contra mi madre, quizá— me tenían verdadero cariño.

Pero ya no los quería. Es decir, a los veintiún años ya no me entusiasmaban. Quizá ya no eran una pandilla tan glamurosa como en sus tiempos. *Individuos* de todo tipo. Unas pocas esposas voraces. Las chicas que llevaban col-

gadas del brazo eran o turistas —se veía por los jerséis de Aran— o demasiado listas y todavía más borrachas. Los hombres contra los que apoyaban sus gorros de ganchillo eran gente de teatro, intelectuales, músicos, escritores —todos escribían una cosa u otra—, y eran todos, por lo menos a sus propios ojos, bastante importantes. Se charló de empleos en el *Irish Times* o «fuera en» la Universidad de Dublín. ¿*Estás fuera en el University College Dublin?* Un sitio que estaba exactamente a tres kilómetros al final de la calle. Hughie Snell estaba «fuera en Monrose», lo que significaba que trabajaba en la televisión, y, no hace falta decirlo, ninguno de ellos estaba «fuera» en absoluto.

Bebían los vientos por Niall Duggan, un individuo elegante que hablaba a base de juegos de palabras, inversiones, retranca irlandesa y, *Sic transit* mediante, breves latinajos rimbombantes que siempre cosechaban una aprobación unánime, *Carpe, sí, carpe, ni que lo digas*. Un estilo de pamplina de alto copete, bastante formal, sin chistes sexuales ni faltas de respeto hacia las mujeres. Sin alusión a las mujeres, ahora que lo pienso. Excepto cara a cara, que era cuando a menudo se ponía obsceno.

Es difícil de explicar.

Todo eran referencias. O'Boyle el Silencioso, por ejemplo, debía su nombre a la canción de Thomas Moore sumada a un incidente en los urinarios del Palace Bar. *Silencioso, oh río Moyle, sea el rugido de tus aguas*. Todo grosera y extravagantemente ennoblecido, y es que hasta para la lascivia eran ampulosos. O'Boyle el Silencioso le hablaba a mi pecho derecho sobre las maravillas de Baudelaire y luego cambió —por si se sentía excluido, quizá— al izquierdo para resumir burlón a Rimbaud. Entonces el propio Duggan que me preguntaba: «¿Algún día harás algo

con aquel personaje de Faulkner? ¿Y Salinger, qué? Lo harás. Te quitarás de encima ese lamentable rictus de hastío y el curso de las letras estadounidenses, ahora no me lles la contraria, se verá cambiado para siempre. Le salvarás la vida y destrozará el libro. Ese es el problema, ¿ves? He aquí la perfidia». Cuando estaba en primer año, Duggan, que fue, claro está, uno de mis profesores fuera en el University College Dublin, me prometió una matrícula de honor a cambio de mi virginidad, y mi madre dijo: «No se conformará con menos que con todos tus bienes terrenales, Niall», y a continuación: «Deja en paz a la cría».

Bebían hasta que los ojos se velaban, casi como por efecto de una gelatina, a todas sus imposibilidades. Por lo menos así lo veía yo, a los veintiún años, cuando no bebía porque no me gustaba el sabor y aquellos hombres podían mirarme como les viniera en gana, porque eran viejísimos y yo ya estaba enamorada de ti.

En un momento dado, su amigo Hughie Snell cantó, como siempre, con una voz aguda y atenazada de tenor:

*Cuando otros labios y otros corazones
sus fábulas de amor cuenten.*

Se encorvó sobre ese verso, por así decirlo; la boca silabeando los sonidos vocálicos para que saliesen hermosamente estrujados:

*En ese mo-min-to no pi-du
Sinooo que me re-cuer-diiis.*

Era un aria de *La gitanilla*, que fue (y estábamos hartos de que nos lo contase) una de las grandes favoritas del

joven Jimmy Joyce. Hughie aseguraba estar desesperadamente enamorado de mi madre, y la gente lo dejaba hacer, porque no cabía la menor duda de que era homosexual. Metió todo aquel tormento suyo en la canción, una cosa fenomenal, y su voz llevó la vasta noche a la sala.

Hasta los universitarios guardaron silencio. Me apoyé en la pared con lágrimas en los ojos y pensé en ti, atravesando en Interrail el principio del otoño con tu Olivia inglesa. Me pregunté dónde estarías: Pisa, Verona o Bratislava. Me habías dejado, esta vez para siempre. Nuestro amor era imposible, me dijiste. O no. Solo necesitabas unas vacaciones, y Olivia era la persona perfecta para eso. Con Olivia, nada iba mal.

Nunca me contaste cómo fue aquello. No hubo anécdotas sobre vagones inmundos ni lámparas de pantallas con flecos rosas en pensiones italianas. Y nunca me contaste cómo era en la cama, aunque te lo pregunté una y otra vez (estaba convencida de que había truco), te limitabas a sonreír y decías: «No como tú».

Hughie Snell soltó la última nota a través de los labios fruncidos y alzó un poco las cejas, como sorprendido por lo prolongado del sonido. Estalló un aplauso. Tras lo cual, el pianista encadenó con una melodía simple en las notas más agudas; una señal a la que respondió una voz en las escaleras. Nos volvimos todos hacia la puerta y vimos un borroneo de luz amarilla, seguido de las llamas brillantes de una tarta de cumpleaños que mi madre llevaba al salón. Caminó hacia mí, a un paso flotante y lento. Procesionó. Y la canción que había escogido era aquel pestiño espectacular, *Que Sera, Sera*.

A estas alturas, ya sabrás que rara vez cantaba, y desde luego nunca en lo alto del escenario. «Soy demasiado vieja», decía, recordando quizá alguna perfección irrepe-

tible que puso la sala a sus pies en Londres, Nueva York o Dublín. Pero... caray: mi madre tenía una voz que llegaba de todas partes. Salía deslizándose de su boca y luego iba a por ti desde la otra punta del salón. Katherine O'Dell, más que cantar, arrancaba la canción de las paredes. Le daba ser, y el aire se cargaba de sonido.

Después de esto —¡No las soples todavía!—, nos juntamos para la foto; un retratista profesional que había llevado el cronista social del *Evening Press*. Mamá le presentó la espalda y tres cuartos de perfil al objetivo de la cámara. Todo estaba ensayado. La tarta, el paseo, la foto, todo cronometrado, sin duda. Lo sé. Y también sé que aquella noche mi madre cantó solo para mí.

Luego todos cantamos *Cumpleaños feliz* y yo soplé las velas. La tarta era de la pastelería Tea Time Express, rellena de crema.

Ahora que miro la fotografía, veo que mi vestido es precioso de verdad; aquel horror de tul apagado. Me daba una apariencia pálida e interesante. Y el vestido de mi madre es todo un clásico. Falda amplia, corpiño ajustado, mangas de tres cuartos. Tiene un escote barco de raso blanco plegado que se volvía, según se alejaba de la cámara, en un cuello vuelto que bajaba hasta dos botoncitos blancos en el nacimiento de los omoplatos. Un montón de piel al aire. Principios de los años cincuenta, a ojo. Dior, quizá.

El encabezado dice: KATHERINE O'DELL EN SU CASA, y hay una segunda foto, más pequeña, de mi madre con el lavavajillas nuevo, «¡Uno de los primeros de Irlanda, por lo visto!», con una expresión radiante que dice: «No tengo ni idea de cómo funciona este cacharro».

KATHERINE O'DELL DISFRUTA DE SU COCINA RECÍEN MODERNIZADA EN EL ELEGANTE BARRIO JUNTO A DARTMOUTH SQUARE EN DUBLÍN.

Tengo poquísimos recortes y, a ver, a mi madre la echo de menos cada día, pero sigo siendo incapaz de leer esos puñeteros recortes. No hay quien los lea. Este —¡y vaya si lo valoro!— lo escribió un borrachín de esos que se dejan ver por la ciudad de esmoquin y pajarita. Tenía coche y chófer, y las mujeres de clase media emitían gemiditos literalmente cuando entraba en fiestas y saraos. Luego volvía a Burgh Quay a las tres de la madrugada y se sentaba como el pensador de Rodin y se descolgaba con cosas como, por ejemplo, esta:

Katherine O'Dell, de vuelta a casa después de su último triunfo en Broadway, tuvo a bien hablar esta semana con nuestro cronista Terry O'Sullivan sobre asuntos dramáticos y domésticos. Hace poco recibió un lavavajillas, «el primero del país; al menos, eso creo». Cogió la idea de Estados Unidos, donde estas comodidades son norma general, o eso dice la musa trotamundos de escritores tan diversos como Samuel Beckett o Arthur Kopit. ¿La llama Hollywood? Últimamente con menos intensidad. «Para mí, la intensidad del escenario no tiene parangón.»

Debajo de la fotografía de la tarta, escribe:

PASO A LA MADUREZ. Una concurrencia salpicada de estrellas para la fiesta de cumpleaños de Carmel, la hija, entre las que se encontraba Christopher Cazenove, recién llegado de su actuación en el Gate Theatre, su amigo y también actor Hughie Snell, el productor de cine Boyd O'Neill, el arquitecto Douglas Kelly, su esposa Jenny y su hija Máire, que acaba de graduarse con matrícula de honor en el University College Dublin. Máire tiene pensado trabajar en la industria turística.

Máire, claro está, es la chica más guapa de las presentes. No entró en la industria turística. Se casó y se mudó a Monkstown. El periodista pone mal mi nombre, además, en mi propia fiesta de cumpleaños. No me llamo Carmel: a saber de dónde ha salido eso. Me llamo Norah Fitz-Maurice.

Miro este recorte y me pregunto por qué ha de perdurar cuando tantas otras cosas se han esfumado. La foto era todo un paripé incluso por entonces, pero los años la han vuelto auténtica a su manera: la elegantísima espalda al descubierto de Katherine, las caras vivaces que tiene delante, la mía propia (aparezco más abajo, a la altura de la tarta, quizá había una silla) mirándola perpleja, confiada y radiante. Su perfil armonioso inclinado hacia mí.

El titular, el artículo, todo apunta en esa dirección: la actriz y su niña eclipsada. La foto contribuye a la mentira de que soy una mala copia de mi madre, que ella era atemporal y yo no: lo icónico da a luz a lo meramente humano. Pero no, las cosas no eran así entre nosotras. No era así como nos sentíamos la una hacia la otra.

Era un vestido precioso, el supuesto Dior, ahora lo veo; pero tal como yo lo recuerdo, aquella tarde llevaba unas extensiones que me tenían mortificada. Katherine O'Dell se teñía el pelo cuando otras no se lo teñían, o no tan oscuro, y —según ella— la cara se le había echado a perder. Tenía cuarenta y cinco años. Pero no eran los cuarenta y cinco que tiene la gente ahora. Fumaba treinta cigarrillos al día y bebía desde las seis hasta vaya usted a saber. No comía verduras a menos que estuviese a régimen; no tenía ningún zapato, creo, que no fuese de tacón. Se pasaba el día hablando y se agriaba por la noche, cuando el vino le abotargaba la cara y le ponía los ojos muy verdes.

A pesar de la pose, como para *Life*, con sus electrodomésticos nuevos, lo cierto es que a los cuarenta y cinco años Katherine O'Dell estaba acabada. Profesional y sexualmente. Por aquella época, cuando una mujer cumplía treinta se metía en casa y echaba el cerrojo.

Así que hay que reconocerle a mi madre el gran mérito de que se negara a tumbarse a verlas pasar. De celebrar una fiesta e invertir dinero en un vestido Ib Jorgensen para mí y rebuscar entre viejas cajas y baúles algo que todavía le cupiese. Por última vez.

La primera vez que aireó aquel vestido estaba embarazada. La recuerdo contándomelo mientras nos preparábamos para la noche. Pellizcó la tela por debajo de la cintura y dijo: «Mira. Espacio para dos».

Allí estábamos, delante del espejo de su dormitorio, yo fuera del vestido mientras ella me recordaba dentro del vestido, dentro de ella. Me contó que cuando me estaba esperando solo necesitó soltar un poco la sisa y punto. Y subir el busto. Ajustar los tirantes del sostén y... ¡Todo para arriba!, dijo. ¡Arriba, arriba, arriba! No hacía falta que se enterase nadie.

No me dijo por qué había que ocultar una cosa así, y yo no pregunté. Me di cuenta de que era una alegría íntima.

—¡Arriba, arriba, arriba! —me dijo amontonándome el pelo en la coronilla.

Yo estaba que no cabía en mí.

—Eres preciosa —añadió mientras yo me sacaba un pompón verde pantano del regazo y lo dejaba caer.

Conseguí las matrículas de honor, por cierto. Tampoco es que importe ahora. Ni lo más mínimo. Pero más entrada la noche aquella, tal vez cabreado por la tarta, Duggan comentó que aquello era por mis tetas. Mis tetas tenían una pinta inteligentísima.

—Que te den, Niall —le dije.

Y eso es lo otro que no soy capaz de explicar, el hecho de que me sintiera tan atraída por él. Con él era con quien quería hablar yo, en cualquier habitación.

—La imaginación es asesinato. Pero eso ya lo sabes, claro. Lo tienes caladísimo.

—La imaginación es imaginación —le respondí.

—¿A quién vas a matar?

Y echó una mano hacia atrás para señalar a la muchedumbre.

—¿Y si te mato a ti, Niall? Te podría matar, si quieres.

—Ya me has matado, cariño. Ya me has matado.

El caso es que a aquel hombre le transpiraba la piel con tanta densidad y blancura que a mí se me antojaba prácticamente muerto.

Solo tenía cuarenta y ocho años. Por increíble que pareciera. Tenía que esforzarme para verlo, comprobarlo. Niall Duggan bebía, se serenaba y volvía a beber, acosaba a sus alumnos y les gruñía, engañaba a sus colegas y les daba trabajo a sus amigos, muchos de los cuales eran medios-cres. Cuando yo tenía veintiún años pensaba que Duggan estaba acabado ya, pero todavía vivió, sin dejar de desplegar sus tentáculos por todas partes, treinta años más.

Mi madre murió en 1986. Esto también podría ir quitándomelo de encima ya. Tenía cincuenta y ocho años.

Y la noche de mi vigesimoprimer cumpleaños, por lo que recuerdo, yo no la soportaba a mi lado. Desbordaba del vestido negro en pequeños michelines que ponían a prueba las costuras de la cintura y el trebejo entero olía como el fondo del armario. Eran los años setenta, éramos demasiado modernas para el negro y la palabra *vintage* solo era aplicable a los coches. El vestido era un disfraz, la hacía parecer chiflada, pensé. Ahí lo tienes. ¿Ya sabía que es-

taba loca? Solo como cualquier madre parece loca a ojos de una hija; todas las madres están trastornadas.

Hubo un momento de la velada alcohólica en que las caras se ralentizaron y la sala se llenó de dificultad. La gente se repetía o se largaba de repente. Y, justo cuando las cosas se estaban poniendo demasiado embarazosas —una pelea en un rincón, una mujer llorando en el rellano—, se produjo un cambio de tono. Si bajabas a la otra planta te encontrabas la fiesta instalada en la cocina; un puñado de músicos alrededor de la mesa llegados de una sesión de última hora en un pub local, la dulzura incipiente de las cuerdas de mandolina, pequeños estremecimientos y precursores de las próximas canciones.

En una noche como aquella se daban cita cierta cantidad de políticos. Era una especie de regla de oro que, cuanto más tarde llegaban, más simpatizaban con la causa republicana, y aquellos músicos en concreto fueron los últimos en llegar. Un grupito de hombres con chaquetas de ante y corbatas anchas, vello facial en diversas configuraciones, tal y como se veían en las portadas de su primer disco, que se había publicado aquel mismo año. Había patillas y largos bigotes de herradura; uno de ellos llevaba unas correas serpenteantes que le brotaban de las mejillas. Si juntabas todo aquello, pensé yo, te salía una barba completa.

En el silencio que siguió a una melodía esperamos —como si esperar fuese una cosa sólida— a Máire Rahilly: *Venga. Ahora tú*. Una cantante que dejaba a mi madre como una mera provinciana, con una voz entusiasta que te sajava, era aflicción en movimiento y audacia pura. Y la canción que cantó Máire Rahilly cuando levantó la cabeza para cantar fue en irlandés. Mis amigos de la facultad dieron un respingo al darse cuenta y miraron a su alrededor como buscando una excusa para marcharse.

Pero nadie se fue. Nadie se marchaba ni era instado a marcharse durante una noche en Dartmouth Square. Nadie se despedía: se limitaban a esfumarse. Y aunque mi madre siempre tenía una copa en la mano, se daba la vuelta, en aquellas noches, se iba serenando maravillosamente más y más. Las historias del día siguiente nunca iban sobre Katherine O'Dell, que hacía las veces de Próspera en una tempestad de bebida e ilusión. Era la anfitriona y la mediadora, la que daba un paso atrás y dejaba largarse todo lo malo.

No recuerdo que se hiciesen grandes preparativos. Desde luego, la lista de invitados no le quitaba el sueño. Les cogía el teléfono a diez o doce personas y se presentaban sesenta, o ciento sesenta, todos conocidos entre ellos, al menos por reputación. Algunos eran enemigos declarados, de la anfitriona incluso. Aprendí a rescatarla al vuelo: mi madre poniendo los ojos en blanco contra una pared, arrinconada por alguna antigua compañera de colegio, «Nunca me has caído bien, Katherine, desde hace años. No sé por qué. He intentado que me cayeses bien. Pero es que no hay manera».

Dublín era una ciudad pequeña por entonces, hasta los matones eran pequeños, pero el cotilleo era formidable, y sé que aquello no era sano, pero lo echo de menos. Desde entonces hemos estado muy desconectados o, lo que es lo mismo, cuerdos.

Y aunque aparezca en la fotografía, no tengo un recuerdo nítido de que Boyd O'Neill estuviese aquella noche. Era alto. Tendía a deambular entre la multitud. Hacia la hora bruja lo veías en un rincón contradiciendo a su viejo condescendiente y compañero Niall Duggan. Dos gallos de pe-

lea, aquel par: O'Neill, imponente y larguirucho con su cuello vuelto y su chaqueta; Duggan, hecho un cristo con su traje manchado. Uno, una curva alta; el otro, una maraña gacha a ras de suelo. Así es como los sueño ahora, como una caricatura del *Dublin Opinion*: todo vanidad y virulencia cómica, pero también eran peligrosos. Es decir: te calaban hondo.

Claro que, para eso, tenías que ceder. Y yo nunca le di demasiada manga ancha a Boyd O'Neill. Era, además, demasiado atractivo para mí. Pero me atraía Duggan, que tenía la extraña capacidad de manipularte —aquellos ojos grises levemente bulbosos suyos—; era como si abriese brecha en tu piel para salir. Yo era una mujer joven, más guapa de lo que me creía, pero diría que Niall Duggan, más que poseerme o penetrarme, lo que quería era *ser yo*. O dejar de ser yo.

¿Tiene sentido? Como diría mi hija. ¿Tiene sentido eso hoy?

Y creo que, para él, todo aquello era espantoso. Espantoso. Que cuando le hablaba a una chica inteligente de veintiún años era incapaz de oírse, tal era el fragor que retumbaba en su cerebro.

Si volvías de nuevo a la planta de arriba, durante los últimos jirones de la noche, a por la chaqueta o el bolso perdido de alguien, te encontrabas con los salones vacíos y en un estado calamitoso, los muebles movidos y por todas partes las siluetas de las botellas y los vasos como un paisaje urbano en miniatura, amontonados en mesas y aparadores. Épico. Kitty se abriría paso a través de todo aquello al día siguiente, ignorando los cristales rotos mientras se afanaba con la escoba y el recogedor sin pararse a mirar

ni a juzgar el contenido de los ceniceros. Mi madre fingiría estar mortificada, pero yo sabía que Kitty no sufría por nosotras. Los detalles no le interesaban. Bastante tenía con lo suyo.

Pero me estoy adelantando más de la cuenta.

Como quizá es bien sabido, a mi madre la internaron en el Central Mental Hospital en 1980 después de atacar a aquel mismo Boyd O'Neill, un productor de cine más famoso en Irlanda que fuera de ella. Le disparó en un pie (provocando al instante el nacimiento de centenares de bromas en todo Dublín). Pero todo fue desesperantemente triste, y no solo para O'Neill, quien respaldó, arriesgando su reputación hasta cierto punto, una denuncia por intento de homicidio. La reacción de mi madre tras ser detenida dio esperanzas a la defensa: lo hizo tan mal que en algunos momentos llegamos a pensar que tenía que ser verdad. Se reía en los momentos más inoportunos, hablaba para sí y se tiraba del pelo. Cuando por fin la llevaron a los tribunales, resultó que la declararon loca no solo uno, sino dos psiquiatras; salió del juzgado en la misma furgoneta blanca en la que había llegado. Al cabo de tres años le dieron el alta del manicomio, hasta arriba de pastillas, hecha prácticamente una enferma terminal, a duras penas una mujer, invisible en la calle a cualquiera que pasase por su lado.

O'Neill —y para mí es muy importante decir esto— pasó a lo largo de aquellos años por múltiples hospitalizaciones. Estuvo casi el mismo tiempo que mi madre internado en varias instituciones. Lo que en los documentos fue descrito como la pérdida del pulgar del pie derecho fue, en realidad, una desastrosa herida astillada que le remendaron en cinco horas de cirugía y que luego se resistió a curarse. Sufrió cuatro amputaciones diferentes mientras

buscaban el problema por toda la pierna afectada. Vivió a base de antibióticos. No volvió a trabajar. La última amputación, y la más exitosa, acabó justo debajo de la rodilla, pero le costaba Dios y ayuda llevar la prótesis y no podía dormir por culpa de los dolores fantasmas. Mi madre loca le pegó a Boyd O'Neill un tiro en un pie y a nadie le pareció raro. Pero «raro» tal vez fuera la palabra. O la única posible. Para lo que pasó ahí.

Yo tenía veintiocho años en el momento de la agresión. Bregué como pude durante un año o más, pero llegó el día en que se me hizo demasiado cuesta arriba. Estaba escribiendo un libro, dije. Y luego se hizo realidad. Escribí no uno, sino muchos libros. Pero no escribí el que necesitaba escribir, el libro que pedía a gritos ser escrito, la historia de mi madre y de la herida de Boyd O'Neill.